



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS ACTORES
EMILIO MARIO



No hay otro como empresario,
como actor está en su centro,
y en fin, es Emilio Mario
fino y elegante, dentro
y fuera del escenario.

MADRID CÓMICO I.ª época.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Buenos informes, por José Estremera.—¡Qué profaración!, por José Jackson Veyan.—¡Almanaque!, por Antonio Sánchez Pérez.—El coche simón, por Juan Pérez Zúñiga.—Ahí está, por Sinesio Delgado.—Florecitas, por Eduardo de Palacio.—Cantares, por Ricardo J. Catarineu.—Confiteor, por Eduardo de Bustamante.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Emilio Mario.—Nocturno.—Afección cinegética, por Cilla.



La mayor parte de las personas que conocemos dicen que van a París, y es muy posible que no pasen de la Puerta de Hierro.

En este particular ya no me fio de nadie, porque a lo mejor cree uno habérselas con una persona rica, que viaja por puro recreo y que tiene el baúl lleno de ropa blanca, y después resulta que estuvo una vez en Segovia, convidado por un cura loco, y que posee, por junto, media docena de cuellos postizos y tres pañuelos de algodón con cenefa.

Lo que hay aquí es mucha farsa y muy poco dinero y una colección numerosa de jóvenes linfáticos que se alimentan con albondiguillas de bacalao y agua del botijo; *lo cual* que aun ayer por la tarde estuvo á verme uno, elegantemente vestido y con una corbata preciosa color de fresa, y lo primero que hizo fué ponerse á chupar una plegadera de hueso y á llevarse el dedo á la boca después de meterlo entre la arenilla.

Comenzó hablando de su próximo viaje á París, y acabó pidiéndome media docena de pitillos, so color de que había olvidado la petaca. Después envolvió unos cuantos fósforos en un papel, y se lo guardó en el bolsillo.

—¿Quieres algo más?—le pregunté.

Y él me dijo:

—Hombre, sí; puesto que eres tan generoso, voy á llevarme esta rajita de salchichón para una tía que tengo en la calle del Gato, y no puede comer más que harina lacteada y cosas de cerdo.

Pero no había aún bajado las escaleras, y se puso á devorar el salchichón con delicia. Después supe que se las echa de rico y está de huésped en casa de un mozo de cordel, casado con un ama seca.

Ahora hay muchos que andan por ahí diciendo que van á la Exposición, y si les miramos despacio, vemos con sentimiento que tienen los zapatos recosidos por la punta, y que han teñido con tinta del tintero la trencilla de la americana para disimular la vejez; de suerte que les oye uno hablar de su próximo viaje, y tiene que hacer un esfuerzo para no decirles:

—Hombre, vale más que en vez de viajar te compres un traje-cito, porque ése ya no es traje, es una alambra.

* *

En cambio acuden á la capital de Francia, aun haciendo toda clase de sacrificios, los que tienen mérito propio.

Allá va la *rondalla infantil*, compuesta de fetos líricos, y se disponen á lucir sus habilidades otros muchos sujetos, más ó menos desarrollados, que esperan provocar el asombro de Europa, ya tocando la guitarra, ya bailando seguidillas ó ya extirpando callos, por crónicos que sean, con equidad y asco.

¡Ah! No todos pueden realizar su propósito. Hay aquí muchas señoritas de humilde posición y mérito propio, que llegarían á labrarse un porvenir si pudiesen trasponer el Pirineo.

Pero es lo que me decía una señora viuda y madre:

—Mi niña y yo estuvimos en Cuba, porque mi esposo era mulato claro y nos llevó allá á recoger el último suspiro de un sastre pariente suyo. Allí aprendimos todos á cantar guajiras, y aunque me esté mal el decirlo, dominamos el género. ¿Cree usted que en París no habíamos de encontrar quien nos contratase?

—¡Naturalmente!

—Los franceses se vuelven locos por estas cosas. Mire usted: tuve yo una chica que cantaba flamenco todas las tardes, mientras hacía las camas; la oyó un francés, comisionista de gomas, que venía de visita al entresuelo, y se la llevó á Marsella inmediatamente.

Cualquiera habilidad que el hombre posea, puede encontrar en París éxito extraordinario. Lo mismo el que sabe tocar la pandereta con todos los remos, como el que imita el acento de los animales, lograrán despertar el interés de los franceses con bien poco trabajo.

Ahora se ha ido á París un cesante de Correos que es ventrílocuo, y al propio tiempo borda en cañamazo; y dice él:

—Me sitúo en una calle, y lo primero que hago es imitar el sonido de una campana; después mujo un poco; enseguida ladro con esmero, y, por último, me pongo á bordar de pie encima de una silla, y con una pierna en el aire. Con media docena de veces que haga esto, me traigo á España ocho ó diez mil francos y una reputación.

Lástima que no pueda exhibir sus dotes en cualquier teatro parisién una señorita jorobada que tenemos en el cuarto segundo de esta redacción, y nos está tocando el *Rigoletto* todo el santo día y parte de la noche.

—Señorita—le dijimos la otra tarde en la escalera,—¿por qué no se va usted de España?

Y ella nos contestó con su habitual sonrisa:

—Porque estoy tomando el aceite de hígado de bacalao con hipofosfito.

En vista de esta desconsoladora contestación, estamos dispuestos á todo: á mudarnos, ó á coger á la pianista y estrangularla detrás de la puerta.

* *

La noche de San Juan ha sido pródiga en placeres, y aun hoy suspiran muchas personas impresionables, recordando la alegre verbena.

Dentro de algunas horas se celebrará la de San Pedro, si el tiempo lo permite, y se repetirán seguramente los coloquios de amor que hemos presenciado en Recoletos.

Allí, lejos del bullicio del mundo, hemos visto á las de Guizquiz tomando agua, merengues y otras golosinas elegantes, en compañía de la mamá y de los novios respectivos. Ellas son dos, y tienen, á Dios gracias, sus correspondientes enamorados que las acompañan á todas partes y las obsequian con esplendidez, sin olvidar á D.^a Paca, la mamá cariñosa, que protege con mucho gusto las relaciones, y lo más que hace es decir á sus futuros yernos:

—Los amores largos perjudican á la juventud. Mis niñas eran robustas, y ahora siempre se están quejando del pulmón, porque el que ama nunca está libre de dolores, y á lo mejor las compro corsés y se les rompen las ballenas, porque sufren y porque se pasan la vida de bruces en el balcón, esperando á ustedes.

—Nosotros no nos podemos casar todavía, porque somos huérfanos—contesta uno, en nombre de los dos.—Pero estamos metidos en el partido federal, y el día que triunfe....

Doña Paca espera que llegue ese día, y en el ínterin deja á las niñas que cultiven el amor y que borden relojas con cifras entrelazadas: C y G., *Ceferino y Genoveva*, sujetos con una rama de heliotropo, ó H. y V., *Hipólito y Vicenta*, unidos por la parte de arriba con una guirnalda de rosas de Jericó y malvas.

Los que aman bien, huyen del ruido y dejan las verbenas para sepultarse en las sombras de Recoletos. Los enamorados beben en el mismo vaso y comen en la misma cucharilla.

Las estrellas sonríen. La mamá duerme....

Y yo paso cerca de los enamorados haciéndome el desentendido.

LUIS TABOADA.

BUENOS INFORMES

—Señora... —Señoral... —Usted me dispensará si vengo á molestar á estas horas. —No tal; yo soy la que debo pedir perdón por estar de esta facha. —Nada de eso. Demasiado sé lo que es una casa, yo, que tengo diez y siete de familia. —Si una no puede por menos... —Pues yo vengo á molestarla... —Pero tome usted asiento. —Gracias. Usted ha tenido una chica, según creo... Tomasa creo que ha dicho que se llama. —Sí, en efecto. —Y aquí ¿qué tal se ha portado? ¿Es fiel? Que eso es lo primero. —Eso sí, en un mes que estuvo aquí, no ha faltado ni esto. —¿Es limpia? —¡Muy limpia! —¿Sabe guisar? Nosotros tenemos gente á comer muchos días. —Es claro. —Y mi esposo... Creo que habrá usted oído hablar de él: es Pérez. —¿Pérez? Recuerdo ese apellido. —Pues es delicado en punto á eso de cocina. —Sí; los hombres, ya se sabe. —Y si no puedo fiar en la cocinera... Además, ya ve usted, tengo una casa que es un mundo; que sólo en fregar los suelos se lleva una la semana... ¿Y gente? Aquello es un pueblo: doce chicos, dos hermanos y mi marido y mi suegro. Hay que hacer camas, llevar los muchachos al colegio, limpiar botas, barrer cuartos... Y como que yo no quiero tener más que una criada...

Y no es por falta de medios, que, gracias á Dios, mi esposo no es un hombre rico, pero bien puede con dos muchachas.
—Ya, ya.

—Pero que en teniendo dos en una casa, todo se vuelven chismes y cuentos.
—Pues ésta es bastante buena; aquí, al menos, no tenemos queja de ella.

—¿Y dan ustedes alguna comida?

—Suelo darle siempre al aguador la que sobra.

—No, no es eso. Banquetes.

—Ca, no señora; eso trae desgobierno á las casas, y además se gasta mucho dinero.

—¿Es trabajadora?

—Mucho; una fiera.

—¿Y gasta tiempo en la plaza?

—No, señora.

—Bien. ¿Y es honrada? ¡Los tiempos

están tan malos!...

—No sé nada de ella.

—Vamos; veo que encontré lo que buscaba. Pero lo que no comprendo es cómo la ha echado usted siendo tan buena.

—Por... eso...

Se peleaba con las otras; siempre andaban de jaleo.

—¡Ah! Sí, los genios...

—Es claro...

Lo que usted dice, los genios...
—Pues, señora, muchas gracias, y usted dispense. Me alegro haber conocido á usted. Aquí en la calle del Perro, en el diez y siete...

—Gracias.
—No se moleste; ya puedo salir.

—Usted ha tomado posesión... Susana Prieto.

—Mil gracias, y usted dispense la molestia.

—Nada de eso.

JOSÉ ESTREMEIRA.

¡QUÉ PROFANACIÓN!

DESAMOGO POÉTICO ANTE EL CUADRO DE REDACTORES DEL «MADRID CÓMICO»
PUBLICADO POR DON QUIJOTE

¡En el *Quijote* me vil...
Lo he visto, y aun no lo creo.
¡Señor, si estaría feo cuando no me conocí!

Confieso modestamente que guapo nunca lo he sido, y jamás *he presumido del físico*, mayormente.

Tengo conciencia de mí, y creo que al señor Pons nunca le he dado *ocasiones* para que me trate así.

Que *abuse* de mi figura á nadie se lo permito.
¡Lo que han hecho es un delito de *lesa caricatural*!

¿Te has visto, Sinesio amado, convertido en hotentote?... Yo creo que el *Don Quijote* deberá estar denunciado.

Tu cara es fenomenal. No puede hacerse peor.

¡Ese es un crimen mayor que el *crimen de Fuencarrall*!

¿Qué dijo tu esposa amante ante ese absurdo capricho?...

¡A mí, la mía me ha dicho que le pega al dibujante!

Debemos estar contentos. ¿Y el pobre Eduardo Palacio?...

Por lo triste y por lo lacio, es el *alias: Sentimientos*.

Estaba fuera de quicio: como castigo ejemplar, me dijo que iba á citar al señor de Pons á juicio.

No es para menos la cosa, porque al bueno de Palacio hay que mirarlo deespacio...
¡Parece una Dolorosa!

Hasta los *bien parecidos* salieron de un modo atroz. El pobre Fiacro Yrayzoz tiene los ojos torcidos.

Zúñiga salió tal cual. Yo creo que ha sobornado á Pons, y lo ha retratado mejorando el natural.

Estremeira no salió mal del todo: ya lo creo; pero *para feo, feo*, no hay ninguno como yo.

De mi cara no hay indicios; han hecho una felonía, y yo soy el que debía pedir *daños y perjuicios*.

¡Buen Sinesio, han maltratado nuestra gallarda figural...
¡Si hay un Dios tras esa anchura,

Pons pagará su pecado!

Deponiendo mis rencores, yo, al cabo, me conformé.

¡Mal de muchos, siempre fué consuelo de redactores!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

¡¡ALMANAQUES!!

Ya, señor, el tiempo llega de presentes y aguinaldos; para el que ha de recibir, el más alegre del año; para el que da, tiempo triste, mes azaroso é infausto.

(L. F. DE MORATÍN.)

Ha llegado, efectivamente, á los míseros autores, más ó menos festivos —y para fiestas estamos!— la época de la *confección* de *almanagues*, tiempo que no sé si será para los *confeccionadores* el más alegre del año; pero del cual sí puedo decir que es para os que escriben mes azaroso é infausto,

«tanto que muchos quisieran borrarle del calendario.»

Ahora que los ingeniosísimos Luis Taboada y Manuel Matoses rompen lanzas en defensa de la propiedad literaria, bien sería que dijese algo anatematizando la mala costumbre de asediarse al desdichado *escribidor*, que de escribir se sustenta y con lo que las cuartillas le producen ha de pagar al casero y com-

prar botas para los chicos y hasta para él, que también las necesita de vez en cuando, en solicitud de que dé gratuitamente algún trabajito para los dichosos almanagues.

Y que no suelen contentarse los editores con artículos ya publicados; no, señor; han de ser inéditos y escritos *ad hoc* ó *ad hunc*, ya que de almanagues se trata.

«Señor, señor, los poetas somos prójimos también,»

decía, no sé si con estas mismas palabras ó con otras muy parecidas, el insigne Bretón en una de sus comedias; pues bien, á pesar del tiempo transcurrido, aquella sentida exclamación no ha convencido á nadie. Publica el infeliz escritor un libro, y no hay una sola persona, entre sus amigos y parientes, allegados simples ó simples conocidos, que no se considere con derecho á recibir, gratis por de contado, el libro: á reserva de no leerlo y de propalar por todas partes que no vale lo que cuesta; y ya ven ustedes que no puede valer menos, si se calcula por lo que á él le ha costado. Representan á un desdichado autor un drama, ó una comedia, ó una revista, ó lo que fuere, algo. Pues esos mismos amigos y allegados, y parientes y conocidos, esperan recibir, al mismo precio que recibieron el libro, las localidades, para patear la obrilla, y el ejemplar, para reirse de ella, si se imprime.... Pues bien, como si esto no fuese ya muy bastante y hasta muy sobrante, descuélganse los editores de almanagues pidiendo á los autores *articulitos* ó *poesías* no publicados, y además gratuitos.

Comprendo perfectamente y me explico muy bien que los ya mencionados Matoses y Taboada vean con disgusto que de sus trabajos ya publicados hagan mangas y capirotos este director de periódico ó aquel editor de folletos; pero, al cabo, seamos francos, en esa cuestión por ellos suscitada caben opiniones distintas, puede discutirse y controvertirse ese derecho de propiedad.... No voy á discutirlo ahora, no voy á decir lo que sobre la materia opino; no trato de exponer ahora mi concepto sobre la propiedad de mis articulejos, una vez publicados; bien podrá ocurrir que esa opinión y ese concepto no sean iguales á los de mi amigo Luis Taboada y el ingenioso Manuel Matoses; aunque también puede consistir esto, y de seguro consiste, en que mis pobres trabajos son de mucho menos valer.... Pero vuelvo á decirlo, eso es discutible, como es discutible cuanto á la propiedad se refiere; lo que no es discutible, lo que necesita pronto y eficaz correctivo, es este abuso de hacerle á uno trabajar de balde, so pretexto de que es para publicar un almanaque.

—Pero, señor—me decía no há mucho tiempo un editor con quien hablaba yo de esto mismo,—si ésa es la costumbre.

—Pues es una costumbre muy mala. Y estoy resuelto á romper con ella.

—Pues parecerá usted raro, tacaño, díscolo....

—Nada de eso soy; pero no me importa parecerlo.... me sacrificaré por la justicia, como dijo el otro:

Fiat justitia; ruat cælum.

¿Pagan ustedes el papel para esos almanagues?

—Es claro; al contado.

—¿Pagarán ustedes la imprenta?

—Sin duda.

—¿Han de pagar ustedes los dibujos y los grabados?

—Sí, señor; están pagados ya.

—¿Comprarán ustedes las portadas, las cubiertas, los carteles? ¿Habrán de pagar anuncios, repartidores, correo, etc., etc.?

—Sí, señor; todo eso se paga.

—Pero el texto no.... Sabe usted que es una excepción que no se comprende y que ninguna razón justifica. ¡Es una delicia esto de escribir para el público! Oficinas hay, particulares y públicas, en las cuales se da por Pascua paga doble á los empleados; tratándose de los que escriben, la cosa varía de aspecto: no se les paga los trabajos que hacen para fin de año.

Sean cuales fueren las ideas económicas que uno profese; por muy enemigo que uno sea del derecho de propiedad; por radicales que sean los principios socialistas que sustente, á nadie ha ocurrido, que yo sepa, hallándose en su sano juicio, que sea una obligación ganar el pan ajeno con el sudor del rostro propio.

Dígase si no tengo razón que me sobra para suplicar á mis compañeros de oficio que miren con interés este asunto de los almanagues.... y de los trabajos gratuitos.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

EL COCHE SIMÓN

—¡Las dos! Ya hace media hora que Lola me está esperando, y su impaciencia, de fijo, le hará ver negro lo blanco.

No hay más que tomar un coche. Aquí hay uno que no es malo. ¡Eh!... ¡Tá!... ¡Cochero!... (Ni á tiros se despierta el condenado.)

NOCTURNO



—Cabayero, ¿tiene usted cambio de un billete de cinco duros, y usted dispense la molestia?



Dice que es viuda. Creo que lo ha sido, pero no sé decir de cuál marido.



Al final de este cuadro debe salir el coro de mujeres. Pero ¿cómo? ¡Ah! Ya sé. ¡Bañándose!



—¡Je, je! Media arrubita de vinu tengü en el estómajo. Peru, á Dios gracias, non me durará mucho tiempo.



Haciendo mucho asá, y haciendo mucho así, se salvan las revistas que se hacen por ahí.



¡Vaáa!....

—El señorito salió de casa y encargóme dos butellas para casa de la Matilde; la señora en seguida encargóme otras dos butellas para ella y el baruncito. Yo cumpréme con las propinas estas dos para la duncella y un servidor de ustedes. Así salimus esta noche cada oveja con su pareja..... de butellitas.



Oye...



Dicen que están muy expuestos los que se retiran tarde.... A mí no me roban nada, y suelo no retirarme.



—¡Tú qué has de torrear con esa jindama! ¡Si ya tacuerdas de que una vez nos retiramos juntos, y porque entró el Mangas gritando ¡Er bicho! te se borró la fotografía y me quedé solo!

¡Animall...—¿Qué hay, señorito?
—¡Hombre! ¿No oyes que te llamo?
—Dispéñeme, caballero.
Como he pasado velando
toda la noche, por causa
de una amiga...

—Bueno. Vamos
á la calle de la Bola,
número tres duplicado.
—(¡No es nadal... ¡Maldito seas!)
—(¿Por qué gruñirá este bárbaro?)
Destrozadillo está el coche;
pero huele mal, en cambio.
—¡Arre!... (Bajaré *el alquila*.)
—Pero ¿andamos, ó no andamos?
—¡Arre!...
—(No hay Dios que le mueva.)
Hombre, despierta al caballo;
porque también, por lo visto,
pasó la noche velando
por causa de alguna yegua.
—¡Arre!

—(¿Qué dicha! ¡Ya andamos!)
.....
¿No vamos á ir más de prisa?
—No, señor.

—Pues á este paso,
de fijo falleceremos
bajo el peso de los años
antes de acabar el viaje...
—Qué, ¿quiere usted ir volando?
Repáre usted que en dos horas
hice tres viajes ó cuatro
desde un polo al otro polo
de Madrid, y el pobre jaco,
sobre ser cojo, padece
convulsiones en el bazo.
—Bueno, bueno. Calla y sigue.
(¿A ver?... ¡Las tres menos cuarto!
¡Cualquiera convence á Lola
de que llegó con retraso
por haber tomado un coche
en vez de ir á pie!)

—¡Sooooool...
—¡Diablo!

¿Qué pasa?
—Que no hay quien pase
por aquí. ¿No ve usé un carro
de mudanzas hecho añicos?
Creo que es porque ha chocado
contra un cura muy robusto
que cruzaba muy despacio.
—Pues tira por otra calle.

—Está bien. ¡Arre, caballo!
—(¡Caracoles! Ahora noto
que en el coche están entrando
unos aires nacionales
que me enfrían el costado.
¡Como que esta puerta tiene
el cristal hecho pedazos,
y hoy mi salud va á pagar
los vidrios rotos... ¡Canario!
¡Gracias á que el movimiento
del coche es bastante malo,
y con el ruido que mete
no me entero bien del daño
que me hace este vientecillo!)
¡Eh!... (No había reparado.)
¿Adónde diantres me llevas?
—Al Colegio de San Carlos.
—¡Hombre, si he dicho á la calle
de la Bola! ¿Estás borracho?
—Sí, señor. Usted dispense.
—(¡Dios mío!... ¡Más de las cuatro!...
Pues señor, ni una carreta.)
¡Cocherol

—¿Qué?
—Aviva el paso.

—Ea, no me da la gana.
Ya me va usé á mí cargando.
Ponga usé carruaje propio.
—¡Insolente! (Yo me bajo,
porque esto es inaguantable.)
Oye.

—Oigo.
—Para.

—Paro.
—Bueno; toma una peseta
y estos perros.

—¡So tacañol
¿Pues no me da cuatro perros
de propina?

—(¡Qué descarol!)
¡Si querrás tú todavía
que te abrace, y que al caballo
le dé gracias expresivas
por no haberse desbocado!

.....
En suma: falté á la cita,
pasé ante Lola por falso,
tras de pasar varias calles
y un sofoco soberano.
Y aún me decía un amigo
hace poco: «¡Vamos, vamos,
que ayer te he visto en un coche,
y buen pisto te ibas dando!»

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

AHI ESTÁ

—Siento pasos, ¡es él! Abre la puerta....
Sola estoy. ¡Situación comprometida!
Me fingiré dormida,
para ver de qué modo me despierta.

—Ya me alcanzó un puntazo.... ¡Cómo escuecel!
Vuelve á rondar el asta de la fiera
junto á la taleguilla.... ¡Me parece
que ha crecido tres palmos la barreral

—Que llaman; y los amos han salido.
¡Santa Virgen María!
¿Tendremos la función del otro día?
¡No he visto un aguador más atrevido!

—Ya me va fastidiando este plantón.
Dos horas llevo así.
¡Pero yo he de triunfar! Huele á ratón....
¡Y lo que es como salga por aquí!...

—Llueve de un modo horrible, ¡y ha venido
á pintarme su amor desde la aceral
Será todo lo pillo que se quiera,
pero me quiere más que mi marido.

—¿Ves aquel que ha salido de la esquina?
Pus trae un buen reló pa que lo cojas.
Si no *te se acoquina*,
echas la mano á la herramienta.... ¡y mojas!

—Aquella es su doncella; si la ha dado
la respuesta amorosa que la pido,
mé voy con la criada.... y la convido
á cenar en un cuarto reservado,
en prueba de que soy agradecido.

—Oigo el ruido del roce de la seda
y emocionado el corazón me late...
Saldré del compromiso como pueda,
¡y que Dios me perdone el disparate!

SINESIO DELGADO.

FLORECITAS

Me explico la afición de las mujeres á las flores.
Que los hombres usen flores en los ojales visibles, ya no me
parece tan bien.

Respeto las opiniones y los gustos ajenos.
Pero manifiesto las propias, en uso de mi autonomía, ó antino-
mia, según un literato á quien trato, aunque con precauciones.
Un hombre con una flor en el hojal de la levita me parece un
hombre de muestra.

Y la afición cunde y adquiere proporciones gigantescas.
Hace poco tiempo se contentaban los «buenos mozos» con
llevar una florecilla encarnada del tamaño de un botón de San
Fernando.

Ahora no se conforman con menos de una rosa de tamaño
sobrenatural.

Las jóvenes floreras son las encargadas de fijar el color y las
dimensiones de ese adorno delicado que embellece á los caba-
llos andantes.

Algunos de ellos dicen que es recuerdo de una historia amo-
rosa cada flor.

—Pues tiene usted más recuerdos —repliqué yo á uno— que la
iglesia de San Jerónimo.

—Tengo buena suerte con las mujeres—me dijo.
—Si cada flor es una conquista, yo no sé cómo no está usted
ya.... preso.

—¿Eh?
—Preso en las redes de amor, y casado por ambas líneas.

No hay lenguaje mudo tan expresivo como el de las flores, no
contando el del ingenioso Daniel Perea.

Para no entender á Perea es preciso ser un adoquín, porque
Daniel es el Mirabeau de los mudos.

Expresa hasta los pensamientos filosóficos con tanta claridad
como con el lápiz ó el color las ideas más delicadas ó las costum-
bres populares, con el carácter que no saben darle otros artistas
que hablan, por su desgracia.

Nunca he podido entender el lenguaje de las flores, aunque
me le han explicado algunas chicas poético-cúrsiles, iniciadas en
los secretos de ese volapux de olor.

—El jazmín—me decía una—significa pasión solitaria.
Una especie de tenia.

—La rosa blanca—según otra joven—es amor con buen fin;
la dalia, coquetería; el clavel, pasión ardiente.

Porque todo está reducido al amor, según parece.
Y así, correlativamente, la margarita es como un anuncio que
diga: «Se necesita un Fausto de lance.»

Un amigo que yo usé llevaba su poesía más allá, idealizando
las hortalizas:

«El cardo significa amor silvestre—me decía.
»El repollo, matrimonio fecundo.

»La berza, pasión ordinaria, material.»
Pero la significación de las flores en ojal de varón sí la en-
tendiendo, aunque á mi manera.

Un coronel, mi amigo, me lo explicó una vez, diciéndome:
—Hay hombres para todo.

EDUARDO DE PALACIO.

CANTARES

Para llegar á tu boca,
encargué yo á un ingeniero
que me construyera un puente
de mi corazón al cielo.

Primero, un angelito;
luego, una infame;
y en cuanto tuvo un hijo,
volvió á ser ángel.

Hace tiempo que devora
mi corazón un incendio.
¡No sé cómo no lo apago
con las lágrimas que vierto!

La libertad y la patria
han de ser como la novia,
que cuanto más se la quiere,
tanto menos se la nombra.

Mi altar está en tu boca;
si oigo tu risa,
creo que la campana
me llama á misa.

Si yo tuviera tu cara,
me arrimaría al espejo,
para pasarme la vida
dándole á mi sombra besos.

¡Qué paisaje tan hermoso!
¡Y, entristeciendo el paisaje,
la campana de la ermita
que llora por mis pesares!

Tras una nube de plata
se ocultó el sol á la tierra;
tras una nube de plata
se evaporó tu inocencia.

RICARDO J. CATARINEU.

CONFITEOR

—¿No hay más?— ¡Pues ya lo creol.... ¡Si ahora comienza lo grave, señor cura, de mi pecado....
¡Ay! Siento aquí en el alma miedo y vergüenza al recordar lo infame de mi pasado.
—¿Tanto pecaste?— Tanto, que pongo en duda que haya otra para el vicio más testaruda.
El dios de los amores me vuelve loca: lucho como una fiera contra mi suerte, pero ¡ay! que lucho en vano, porque es más fuerte quien me provoca.

—¡Infeliz!... Mas, si vienes arrepentida, aún es fácil que puedas vivir en calma, y, en medio de los goces de honrada vida, ganar la gloria eterna para tu alma.
Santas hay que antes fueron lo que tú eres....
—¡Ay, padre! Aquéllas eran otras mujeres, y, de fijo, ninguna se vió al espejo, ese traidor amigo de los hogares, que inmola miles de honras en sus altares con su consejo.

Á él me acerco anhelante todos los días en busca de consuelos para mi pena, y su cristal perturba mis alegrías negándome los medicos de hacerme buena. Me dice, señor cura, que soy hermosa, y yo ¡claro! me pongo tan orgullosa que, al cabo, doy al traste con el deseo de abandonar la senda que me abrió el vicio, y corro loca en busca de un precipicio que no preveo.

«Después—me dice el vidrio—la vida honrada, con sus reglas estrictas, causa pavora, y no serás, de fijo, tan admirada ni quemarán inciensos á tu hermosura.
¡Las mujeres honradas!... ¡Pobres mujeres, que son viles esclavas de sus deberes!...»
Y excita de tal modo viles pasiones, que nunca á mis instintos fueron ajenas, que sigo mi derrota, juzgando buenas tales razones....

—¡Perdida, sin remedio!... Pero ¿es posible que el vicio te domine de tal manera?
—¡Y tanto, padre mío!— ¡Si no es creíble!
—Pues ya lo está usted oyendo.— ¡Quién no lo oyerá!...
Aún es tiempo, hija mía; vuelve los ojos y abandona un camino lleno de abrojos: Dios perdona al que humilde y arrepentido....
—Pero si es que no puedo con otra vida....
—Pues entonces, imbécil, empedernida, ¿por qué has venido?

EDUARDO DE BUSTAMANTE.



Dices que quien rompe paga,
según enseña un refrán....
¡Ay, chiquilla, tantas cosas
se han quedado sin pagar!

De una crónica de salones:

«Hace pocas noches dió una comida á varios amigos el opulento banquero D. Adolfo Bayo y su esposa.»
Eso está mal, ¿entiende usted?
Ordenemos la oración (aunque esto sea hablarle á usted en griego).
«Don Adolfo Bayo y su esposa dió una comida, etc.»
¡Dieron, dieron, dieron!
Y luego se enfadan ustedes si les decimos que no saben gramática.

¿Por qué te afliges, mujer,
si, más tarde ó más temprano,
tenía que suceder?

Después de hacer un interminable número de preguntas, continúa Felipito:

—¿Y cómo nacen las rosas?
—De los rosales—responde el papá.
—¿Y los rosales?
—De la tierra.
—¿Y la tierra?
—Déjame, hombre, que preguntas más que el padre Ripalda.
—¿Y quién es el padre Ripalda?

—¿Su tío de usted murió, por fin, verdad?
—Sí, señor, murió el mes pasado.
—¿Y qué le ha dejado á usted?
—Me ha dejado.... su último suspiro.

Me acuesto, me duermo
y sueño contigo,
y por la mañana, nena de mis ojos,
me acuerdo y suspiro.

Entra un cochero en una guantería y pide unos guantes.
—¿Qué número?—le pregunta el comerciante.
—El 468.

Dame un beso en la boca,
lucero mío;
dame un beso, morena,
que tengo frío.

—Juanito, come de eso.
—No me gusta.
—Pruébalo, hombre, y verás cómo te gusta.
—Pruébalo tú, y verás cómo no me gusta.

Margarita al Vivero
fué con Pelaez,
y luego él dijo de ella
barbaridades.

Libros:

Sugestiones se titula un elegante libro de más de 300 páginas que contiene una numerosa colección de artículos, originales de nuestro compañero en la prensa el distinguido publicista D. R. Hernández y Bermúdez. Precio, 3 pesetas.

Secretos de la noche, tomo primero de la *Ultima biblioteca*. Le forman cuatro cuentos ó novelitas cortas, de los Sres. Contreras, López de Saa, Rojo y Faraldo, y le acompaña un prólogo de D. Manuel del Palacio. Precio, 1 peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. M. del V.—Barcelona.—Sí; está admitida.

Rata núm. 30.—Probablemente habrá confusión de pseudónimo, porque registrando papeles no aparecen en turno las *cosillas* á que se refiere.

Un cesante y su secretario.—Sí, déjenlo ustedes.

Sr. D. P. E.—Barcelona.—Debo decirle en concreto que no me gusta el soneto.

El profundo M.—«La costa siempre es mi amiga,
y al sentir su dulce rumor....»

¡Basta! Se ve que no cuenta usted las sílabas.

B. B. T. L.—Malito es, ¡vive Dios!... Y el verbo *buscar* se escribe con b, por lo menos hasta fin de siglo.

O. C.—«La vi asomada á una ventana,
y me pareció la mujer más hechicera.»

Digo á usted lo mismo que al *profundo M*.

Dr. Leña.—Hombre, eso está bien. ¡Y con buena letra!

Diana.—¡Oh! ¡Qué bien hubiera *sentado* eso en *El Eco de los Enamorados* el año 37!

Zenitram.—Esa letrilla tampoco estaría mal en dicho año.

Sr. D. R. L.—Idem ídem para el periódico más satírico de la misma época.

Nueve sílabas.—Dispense usted; por falta de espacio no podemos publicarla íntegra. Vaya la primera estrofa:

Á *Elisa*.

¡La amistad! Palabra santa
emanada del amor.
El parlero Ruiseñor
ratificándome canta.
Y cuando al hollar su planta
sobre tu angosto pensil,
desplega sus gracias mil
en amoroso concierto
posa sus patas en esto
sobre estatua de marfil.

Y ahora.... usted se las entenderá con el público.

Un antiguo suscriptor.—Sí, señor; hay colecciones de todos los años. La administración del *Toreo Cómico* está: Plaza de Pontejos, kiosco.

P. R. R. R.—Eso está pidiendo música y.... olvido.

Un principiante.—¡Y qué mal empieza usted, querido amigo!

Sr. D. D. T.—Eso parece copiado de un clásico.... malo.

MADRID, 1889.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 834.

PLACERES CINEGÉTICOS



—Ustedes perdonen la postura, pero me parece que es una codorniz.....

ANUNCIOS

TIT. V. FAURE.-

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Penasular, 4, primero izquierda.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PREMIADA EN LA EXPOSICIÓN DE BARCELONA
CON

CUATRO MEDALLAS DE ORO

CHOCOLATES.—CAFÉS MOLIDOS
TAPIOCA.—BOMBONES

DEPÓSITO GENERAL: CALLE MAYOR, 13 Y 20

SUCURSAL: MONTERA, 8

MADRID

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCIÓN DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los librereros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnífico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

ÁLBUM DE 50 CARTULINAS que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo, elegantemente encuadernada.

Precio: 25 PESETAS

Los pedidos se sirven, bajo certificado, á vuelta de correo.